



## SEGUNDA PARTE

XVIII/106(104)

### DE LOS ROMANCES DE LA DAMA PRESIDENTE.

**Y**A dixé en la primer parte,  
discreto Lector, que estaba  
con muy grande desconsuelo,  
con fatigas, y con ansias  
en aquella soledad  
aquella imagen de Palas,  
aquel Ángel delerrado,  
sin tener motivo, ó causa,  
pues quiso el Cielo piadoso  
darle valor, y constancia.  
Manteníase con yervas,  
y por el monte buscaba  
à los animales fieros,  
y las pieles les quitaba,  
y haciendo de ellas vestidos,  
à lo masculino andaba  
con un cayado en sus manos,  
que le sirve de compañía.  
Así andaba vacilando,  
sin saber lo que le passa,  
quando un dia determina  
de aquella aspera montaña  
retirarse, y di'currió  
en lo que circunvalaba  
todo aquel horrible monte  
à donde quedó amarrada,  
gravar en los duros troncos  
estas siguientes palabras:  
No la busques, que ya es muerta,  
aquí yace Maria Ignacia;  
y hecha aquesta diligencia,  
de aquel sitio se apartaba.  
Guiada de su destino

anduvo larga distancia,  
hasta dár por un camino,  
y al punto se reparaba:  
sentóse al margen, y en esto  
oyó gente, y le prepara.  
Vió venir un personaje,  
y otros tres en su compañía.  
aguardóse, y como ven  
que su traje de laraba  
ser Pastor, le saludaron:  
correspondió sin tardanza.  
Era el dicho personaje  
el gran Duque de Miranda,  
que caminaba à Truxillo:  
llamólo, y le preguntaba:  
Pues, buen amigo, qué hacéis?  
Donde teneis la cabaña?  
Respondió Doña Maria:  
Aquí en este monte estaba,  
pero ha vendido mi amo  
el ganado, y sin tardanza  
me pagó, y me despidió,  
y yo aquí solo aguardaba  
compañía para Truxillo.  
Dixo su Excelencia: Vaya,  
pues veniros con nosotros;  
y despues le preguntaba  
su nombre, y ella responde:  
Yo me llamo Andres Lofada.  
Llegaron pues à una Venta,  
y al punto el Duque mandaba  
à un Page que le traxesse  
una maleta, y la abra,

y que sacara un vestido, y le lo dè à Andrés Lofada, que se lo ponga, y que venga, que su Excelencia lo aguarda. Pútole en fin el vestido, y fue à rendirle las gracias à su Excelencia, y el Duque quando le vió, le repara, y tanto en gracia le cae la discrecion con que habla, que el Duque le dice: Andrés, yo quiero, si tu gustaras, que fueras mi Secretario desde hoy, que yo empeño, por quien yo soy, mi palabra, que te he de amparar en quanto mi persona pueda, y valga. En fin, llegan à Truxillo, y dentro de dos semanas que el Duque estaba en Truxillo murió el Juez, y le alcanzaba el Duque à su Secretario ser el Juez de aquella Patria. Recibiéndolo su Cabildo, y concurriendo las causas, y tomando residencias, por su Juez lo aclamaban. En este tiempo llegó su mismo padre con ansias mostrando su sentimiento, à presentar la demanda contra su yerno, diciendo: Señor, es Don Juan de Salas mi yerno, y segun razones muy evidentes, y claras, hoy hace quarenta dias que se salvó de su casa con su muger, y mi hija, y yo no sé donde para: creo que mi hija es muerta, justicia pide esta causa. Dice el Juez: Se le hará: vuelva usted por la mañana. Al instante mandamiento dió à los Ministros, que traygan à Don Juan de Salas preso à la carcel: sin tardanza lo traxeron, luego llega una muger, y así habla Señor, yo soy pobre viuda,

y un Mercader de Granada, que asiste mucho en Truxillo, llamado Pedro de Vargas, me debe quinientos peios, y hoy sé cierto que se halla en Truxillo, y así pido que V. Señoría me valga, y me lo mande prender. Dixo el Juez, pues que se haga. Y dándole à los Ministros orden para que lo traygan, lo metieron en la carcel; y à este tiempo estaba Laura en la misma carcel presa, siendo el motivo y la causa, que havia estado sirviendo à un Platero, y que la causa, al dicho le havian robado, y le echan la culpa à Laura, por cuyo fin havia estado unas dos ò tres semanas metida en la dicha carcel. Y la siguiente mañana le mandó el Juez al Alcayde de la carcel, que mirara que su Señoría iba à justificar las causas, y à tomar declaraciones à los reos que se hallaban presos, y que juntamente se llevaba en su compañía à su Excelencia, y que gusta que el Duque lo acompañara. En suma, el siguiente dia à la carcel caminaron. Llegan, y así que están dentro, dice el Juez, que allí le traygan, y que presente le pongan al dicho Don Juan de Salas. Lo traxeron al instante, y de esta forma le habla el Juez de aquella manera: Digame, Don Juan de Salas, qué cuenta dà de su esposa? Y él dice: Señor, fue falsa, y adultera, y es verdad que la saqué de mi casa, y en esta Sierra Morena la he dexado maniatada, esto havrá cinquenta dias.

Pues

Pues digame: Si fue falsa y adultera, como dice, qué prueba dà para que haga justicia? en qué conoció el adulterio, ò intima? Suplico à V. Señoría ponga oido à mis palabras. Dixo el Juez: Yo le la otorgo. Señor, viniendo à mi casa de la Villa de Madrid, encontré en una posada à un Mercader que salia desta Ciudad, y me declara, que en ella havia dexado un anillo de importancia à una señora con quien tuvo estrechez, y en mi casa he hallado el dicho anillo; y llamando à mi criada, me confiesa que ella misma, en el nombre de su ama, una noche lo llamó, y le abrió la puerta falsa: esta es la razon que tuve. Dixo el Juez: Bueno está, basta: y al Alcayde le decia estas siguientes palabras: A este hombre separadlos: y luego se executaba. Salió luego el Mercader, y así el Juez le preguntaba: De donde sois? Y él responde: Yo, señor, soy de Granada. Cómo se llamais? Y responde: Me llamo Pedro de Vargas. Conoceis à una viuda à quien nombran Mariana? Si señor, bien la conosco. Qué debes à Mariana? Señor, quinientos escudos: los pagaré sin tardanza. Esto es lo que haveis de hacer. Esperad que hay otra causa contra vos: decid ahora, conoceis, pues, una alhaja de una sortija, que disteis à Doña Maria Ignacia, vecina de esta Ciudad? Respondió Pedro de Vargas: Entre doscientas que huviera

721  
no es posible la estrañara. Dixo el Juez: Está bien. Si à la dicha Maria Ignacia la vieras, la conocieras? Si señor, aunque se hallara entre otras muchas, no hay duda. Le dice el Juez: Pues calla; y al punto mandó sacasen las mugeres que se hallaban presas en la dicha carcel, y las pusieran en ala. Al instante las traxeron, y presentes en la Sala, le dice su Señoría al Mercader, que buscara entre aquellas à quien dió la sortija, y él miraba; y tomando por la mano à la referida Laura, dixo: Señor, esta es. Ella le dice: Hombre, calla, yo no soy à quien tú buscas, mira bien lo que te hablas; y él responde: Bien lo miro, esta es Maria Ignacia. Ven acá (la dixo el Juez) dime la verdad, eres Laura? Dice: Señor, Laura soy. Yo lo sé, le replicaba. Pues dime como fue esto? Señor, yo he sido la causa. Vino, pues, à esta Ciudad el dicho Pedro de Vargas, supe que era liberal, y reparé que llevaba dos sortijas muy pasmosas: refuelta, y determinada le pedi la una, y dióla, y la siguiente mañana le mandé que aquella noche viniera, que lo aguardaba: en fin vino, y al instante yo le abrí la puerta falsa. Respondió su Señoría: Con aqueño sobra, y basta: Retiren esta muger, y venga Pedro de Vargas: trayganme acá una salvilla y de un bolsillo sacaba el Juez cinquenta sortijas,

y echando la que se le tenía  
de su destierro, con que  
le dió a Pedro de Vargas.  
Busca aquí la tortija  
que quita a María Ignacia.  
Mete la mano al mitante,  
y la jaca sin tardanza  
dióla a la Señora,  
y mandó lo retiraran,  
quedando en aquel estado  
estas cosas declaradas.  
Fueronle, y el día siguiente  
van a sentenciar las causas,  
y mandó el Juez que pusieran  
a el duque Don Juan de Salas  
en parte donde escuchase  
las sentencias que se daban,  
y que al Mercader traxessen,  
y le manda, que a Mariana  
le pague muy prontamente,  
y que luego sin tardanza  
de prisión, y carcelage  
de quinze escudos de plata,  
y después que salga fuera  
de la carcel, también manda,  
dentro de tercero día  
que de Truxillo se salga,  
pena de dos mil ducados,  
y su hacienda confiscada;  
y firmando la sentencia,  
mandó que a Laura sacaran.  
Se levantó el Relator  
a relatarle su causa,  
en la qual dice, la saquen  
por calles acostumbradas  
en un jumento, y que luego  
en una pública plaza  
la den la muerte de horca,  
que así la ley lo mandaba;  
y a Don Juan de Salas, que  
le perdonaba su causa,  
con el xonque que perdonen  
las partes interesadas.  
Su suegro lo estaba oyendo,  
y dice estas palabras:  
Suplico a V. Señoría,  
como tan pio, me valga;  
yo no perdono, señor,  
de ningún modo esta causa,

si mi hijo no parece.  
Entonces, regocijada,  
la que hasta allí fue joen,  
prorrumpio en en estas palabras:  
Si no perdonas, señor,  
yo soy parte mas cercana,  
y le perdono de veras.  
Espió de mis entrañas,  
dame mil veces los brazos,  
que yo soy tu esposa amada.  
Don Juan se quedó suspenso,  
sin saber lo que le passá,  
con recíprocos carños  
abrazó a su esposa amada,  
y su Excelencia admirado  
de una muger tan bizarra.  
A este tiempo una señora,  
hermana muy estimada  
de Don Juan de Salas, pide  
que a Laura no la agraviaran,  
que ella sirve de madrina,  
y el Duque le suplicaba.  
Se enamoró su Excelencia  
de la hermosura bizarra  
della principal señora.  
Luego al punto, y sin tardanza  
a su hermano se la pide;  
y el noble Don Juan de Salas  
le dió el sí, y de contado  
determinó el que se hagan  
las bodas con gran festejo.  
Empeñandose la novia  
en dar libertad a Laura,  
lo consiguió, y de la carcel  
salió la buena de Laura  
libre, porque su madrina  
con su empeño lo allanaba.  
Se acabaron estas cosas,  
y todos en paz quedaban;  
Don Juan, y Doña María  
dándole al Cielo mil gracias  
que siempre aquel que está libre,  
Dios lo libra, es cosa clara.  
Esta, Lector, es la historia;  
y ahora humilde a tus plantas  
Gonzalo Pabon te pide  
que le perdones sus faltas,  
y supla tu gran discurso  
de su pluma las erratas.